

LUIS GUILLERMO VÉLEZ

Carlos Gustavo Cano

Le conocí en el Colegio San Ignacio de Loyola en Medellín, cuando él cursaba los últimos años del bachillerato y yo los primeros. En aquel tiempo ya era líder indiscutible en todas las disciplinas intelectuales de la escuela jesuita. Uno de los primeros y más grandes honores de mi vida, precisamente por la enorme admiración que le profesaba, fue haberle sucedido, a instancias suyas y como mi mentor de esos años, en la presidencia de la Academia Literaria y en la dirección de El Ignaciano, el medio de comunicación de los estudiantes.

Recuerdo todavía con fascinación su dominio de los filósofos griegos y su sin igual memoria, en cuya virtud, por ejemplo, recitaba en latín, sin pausa ni vacilación, las célebres cuatro catilnarias con las que Cicerón denunció en el año 63 antes de Cristo la conjura contra el senado de Roma, instigada por el patricio Lucio Sergio Catilina, así como otros trozos de la oratoria de esa era.

Posteriormente le volví a visitar con regular frecuencia en busca de su apoyo en mis primeras tareas de moneda y banca, en mi condición de estudiante de economía en los Andes, cuando, aún antes de terminar su carrera de abogado y economista en la Universidad Javeriana, ya trabajaba en la Superintendencia Bancaria Delegada en el Banco de la República, entidad que por entonces se encargaba de supervisar al Emisor, el cual, al contrario de lo que sucede hoy, dependía directamente del Gobierno, y a sus diversos fondos financieros.

Igualmente prestó sus servicios en múltiples responsabilidades públicas de las más destacadas categorías, así como en representación del país en altos cargos en los ámbitos de la diplomacia, la economía y el comercio exterior.

Tan profunda y universal formación, enriquecida con su hombría de bien, su patriotismo y su rectitud a toda prueba, habría de hacer de este ciudadano uno de los más destacados dirigentes públicos de la Nación en mucho tiempo. Es por ello que a nadie puede sorprender que a través de su ejercicio de la política y su desempeño en el Congreso, Luis Guillermo haya ocupado uno de los espacios más brillantes y ejemplares de la historia de nuestra democracia.

Durante los primeros 30 meses de la anterior administración del Presidente Uribe en que estuve sirviendo en el Ministerio de Agricultura, siempre conté con el privilegio de sus luces y sus oportunas críticas al amparo de su polifacética ilustración. Ahora, como codirector del banco central, pude cotejar y tomar provecho de ese incesante papel de supervisor y vigilante de esta institución, a la cual, ya fuera mediante sus cuestionamientos tan bien escuchados o sus acertados consejos tanto defendió, quiso y respetó. Papel que nunca dejó de cumplir celosamente desde que, en calidad de estudiante universitario, se desempeñaba como funcionario en el órgano de supervisión de ese entonces.

Para Lilia y sus hijos un fraternal abrazo de quien comparte su inmenso dolor, pero también el inembargable orgullo de haberle tenido como amigo y guía.

* Codirector del Banco de la República